

IDENTIDADES MILITANTES. LA CONSTRUCCIÓN DISCURSIVA DE LA PARTICIPACIÓN EN UNA ORGANIZACIÓN DE DESOCUPADOS DEL GRAN BUENOS AIRES

Ariel Fontecoba

Universidad Nacional de La Plata / CONICET (Argentina)
arielfontecoba@yahoo.com.ar

Resumen

Mediante el análisis del discurso de los referentes barriales del Movimiento de Trabajadores Desocupados de Lanús, se reflexiona sobre las imágenes construidas en torno a las formas de participación y adhesión a la organización, en tanto modalidades de interpelación y reconocimiento identitario que procuran mayores niveles de integración entre los miembros del movimiento. Estas imágenes, así como el modo en que son construidas, son consideradas indicadores de determinadas posiciones subjetivas que caracterizan a la identidad política de la organización y a las que son convocados los individuos que forman parte de ella. Se asume que las dinámicas interdiscursivas de construcción de imágenes y de interpelación-reconocimiento de los emisores y receptores con respecto a ellas, son dimensiones fundamentales de los procesos de identificación colectiva. En este marco acotado, por lo tanto, se analizarán algunos aspectos de la construcción de la identidad política que se relacionan con los procesos de homogeneización interna del colectivo de pertenencia. En este sentido, los mecanismos de interpelación-reconocimiento identitario actúan como prácticas discursivas de refuerzo y persuasión, tratando de lograr mayores niveles de integración y adhesión entre los miembros de la organización.

Palabras clave: identidad política, movimientos sociales, participación.

Introducción

En el presente trabajo abordaremos diferentes aspectos de lo que denominamos como *proceso de identificación política* del Movimiento de Trabajadores Desocupados (en adelante MTD) de Lanús. En primer lugar, definiremos qué entendemos por identidad política y por proceso de identificación, relacionando estas definiciones con nuestras preguntas de investigación (1). Luego, analizaremos cómo los referentes barriales de la organización se identifican discursivamente con distintas posiciones subjetivas e interpelan desde ellas a otros miembros de base, a partir de diferentes expresiones que apelan a la “participación” y la “responsabilidad”, las “necesidades” y el “trabajo”, el “esfuerzo”, el “sacrificio” y la “lucha”. Por lo tanto, recurrimos al análisis del discurso de los referentes barriales para reflexionar sobre las imágenes construidas sobre las formas de participación y adhesión a la organización, en tanto modalidades de interpelación y reconocimiento identitario que procuran mayores niveles de integración entre los miembros del movimiento. Desde nuestra perspectiva, estas imágenes, así como el modo en que son construidas discursivamente, son indicadores de determinadas posiciones subjetivas que caracterizan a la identidad política de la organización y a las que son convocados los individuos que forman parte de ella. Finalmente, concluiremos con una hipótesis que relaciona ciertas características de las interpelaciones discursivas de los referentes con la presencia de un *ethos militante* constitutivo de la identidad

política del MTD de Lanús. En el análisis, utilizaremos entrevistas semi-estructuradas que fueron realizadas a referentes de distintos barrios del MTD de Lanús.

La construcción de la identidad política

Las identidades son una *construcción social e histórica*, sedimentada a través del tiempo, pero siempre abierta a su reconfiguración. Toda identidad se establece en un punto particular y contingente entre la reproducción de prácticas sedimentadas configuradoras de sentido y la institución de nuevos significados (Aboy Carlés, 2001). En este sentido, las identidades pueden ser estudiadas tanto en sus aspectos estáticos como en los dinámicos, en la continuidad y en el cambio. Las identidades, como configuraciones de sentido parcialmente objetivadas, son *múltiples*, cada individuo o colectivo participa de diferentes tipos de relaciones sociales que encarnan identidades diversas (género, nacionalidad, raza, clase, etc.), las cuales se relacionan entre sí de forma compleja (conflicto, tensión, antagonismo, articulación, etc.), conformando distintas amalgamas (Restrepo, 2007).

Desde esta perspectiva, toda identidad es *relacional*, supone el establecimiento de límites simbólicos entre distintas configuraciones de sentido. Como afirma Aboy Carlés: “Esa constitución suele tomar la forma de un proceso complejo en el que operan simultáneamente dos tendencias capaces de afirmar un espacio social: de un lado, la diferenciación respecto de un exterior; del otro, la homogeneización en grados diversos del propio entramado interno del espacio delimitado frente a ese exterior. Ambas tendencias trabajan la constitución del límite o clausura imprescindible para la constitución de cualquier espacio solidario” (Aboy Carlés, 2005:112-113). Las identidades implican una *relación diferencial* de un conjunto de elementos, que garantizan su solidaridad como parte de una misma unidad de significación, a partir de la exclusión de otras entidades, que pasan a formar parte de su exterior. Las identidades, por consiguiente, requieren de la construcción de fronteras imaginarias que posibiliten su cierre como totalidad significativa.

Desde el punto de vista de la acción colectiva, las identidades han sido definidas como un factor central para la articulación de intereses individuales y colectivos, posibilitando la conformación de grupos y organizaciones que promueven y sostienen distintos procesos de movilización social y política. En este nivel, la identidad es una dimensión que se constituye a través de la propia acción, en tanto *proceso de identificación colectiva*. La capacidad de las organizaciones y movimientos sociales para desarrollar procesos alternativos de producción de sentido es una dimensión importante de las condiciones de posibilidad de la propia acción colectiva. De esta manera, los marcos de significación que generan organizaciones y movimientos sociales tratan de lograr la integración simbólica de los individuos dentro de nuevos espacios identitarios, posibilitando la reapropiación del sentido de la acción individual y colectiva. La identidad se conforma así en un *círculo de reconocimiento* que permite la determinación de los intereses y las expectativas comunes de los sujetos, estableciendo lazos de pertenencia y solidaridad colectiva que posibilitan el accionar conjunto (Revilla Blanco, 1994).

A partir de este marco general, se plantea la cuestión de las mediaciones entre la identidad, como resultado contingente, y la identificación, como proceso permanente de producción de sentidos, y las modalidades que adquieren en la conformación de voluntades colectivas. Una manera de aproximarse a una respuesta para este interrogante es acudir a la figura de la *interpelación-reconocimiento* como mecanismo de identificación imaginaria del sujeto: si toda identidad establece un orden simbólico en el que los sujetos son asignados a ciertas posiciones imaginarias que deben asumir, aquella siempre requiere que estos se reconozcan en ellas como parte de su propia imagen de sí. Según Hall: “Las identidades son, por así decirlo, las posiciones que el sujeto está obligado a tomar, a la vez que siempre ‘sabe’ (en este punto nos traiciona el lenguaje de la conciencia) que son representaciones, que la representación siempre se construye a través de una ‘falta’, una división, desde el lugar del Otro, y por eso nunca puede ser adecuada –idéntica– a los procesos subjetivos investidos en ellas. La idea de que una sutura eficaz del sujeto a una posición subjetiva requiere no sólo que aquel sea ‘convocado’, sino que resulte investido en la posición, significa que la sutura debe pensarse como una *articulación* y no como un proceso unilateral, y esto, a su vez, pone firmemente la *identificación*, si no las identidades, en la agenda teórica.” (Hall, 2003:20-21).

Diremos, entonces, siguiendo a Hall (2003), que *la identidad es un punto de articulación entre los discursos y las prácticas que interpelan a los individuos como sujetos, a partir de la construcción de ciertas posiciones subjetivas, y los procesos que producen subjetividades y que posibilitan, modifican o impiden la adhesión de los mismos a estas posiciones, pudiendo dar lugar a la elaboración de nuevos sentidos*. Por lo tanto, la identidad es un resultado del proceso de identificación, en tanto dinámica en la que se combinan la sujeción y la subjetivación (2). En este sentido, para Restrepo: “En el análisis de las identidades no basta con identificar cuáles son las locaciones o las posiciones de sujetos existentes en un momento determinado (o de cómo se han llegado a producir), sino que también es necesario examinar cómo subjetividades concretas se articulan (o no) a estas interpelaciones desde ciertas locaciones sociales o posiciones de sujeto” (Restrepo, 2007:29-30).

Dados los objetivos de este trabajo, resulta válido preguntarse en este punto cómo se relacionan las prácticas discursivas con las identidades, tanto en sus aspectos estáticos como dinámicos. Si las identidades son configuraciones significativas que relacionan elementos lingüísticos y no lingüísticos, las prácticas discursivas son los factores lingüísticos de la producción social de sentidos que intervienen en la conformación de identidades sociales diversas. Por lo tanto, para comprender una acción social debemos inscribirla en la totalidad significativa de la que participa, siendo la producción discursiva una de las dimensiones fundamentales de esta totalidad significativa. En este sentido, la distinción entre prácticas lingüísticas y no lingüísticas no es análoga a la distinción entre prácticas significativas y no significativas (Laclau, 1993). La producción social de sentidos supone la imbricación de elementos significativos heterogéneos como palabras, gestos, posturas, símbolos, etcétera; donde los unos adquieren sentido a partir de

los otros y viceversa. Las identidades serían entonces configuraciones significativas, contingentes y relativamente estables, en las que se combinan de forma particular prácticas lingüísticas y no lingüísticas (3).

Por consiguiente, es posible plantearse el tema de la eficacia simbólica específica de la interpelación discursiva en la constitución de identidades y en los procesos de identificación de los sujetos. Sin dar una respuesta integral sobre esta pregunta, coincidimos con Sigal y Verón cuando afirman que “una de las propiedades fundamentales del sentido, cuando se lo analiza en el marco de su matriz social, es el *carácter no lineal de su circulación* (...) Esto quiere decir que un discurso, producido por un emisor determinado en una situación determinada, no produce jamás *un* efecto y uno solo (...) Del análisis de las propiedades de un discurso no podemos nunca *deducir* cuál es el efecto que será en definitiva actualizado en su recepción” (Sigal y Verón, 2008:18). El efecto de los discursos suele ser *múltiple*, entre otros motivos porque, en términos generales, toda práctica discursiva se desarrolla en un campo significativo parcialmente objetivado, donde discursos y prácticas pretéritas condicionan los intentos de producción alternativa de sentidos (Aboy Carlés, 2001; Laclau, 1993). Si bien no es posible establecer en qué medida precisa esas sedimentaciones condicionan la eficacia simbólica de las articulaciones y las interpelaciones discursivas que conforman identidades, especialmente de aquellas que cuestionan el orden de lo instituido, es dable pensar que estos significados socialmente dominantes aparecerán en el proceso de identificación como huellas o marcas discursivas. Ello implica que todo discurso se relaciona vertical y horizontalmente con otros discursos presentes y pasados, con los cuales dialoga implícita o explícitamente. La reflexión y el análisis pueden, en este sentido, señalar aquellos lugares o puntos en los que un discurso se relaciona con otros y la manera en la que lo hace. De esta forma, es posible mostrar las imágenes y representaciones identitarias que son elaboradas por ese discurso y cómo en esa elaboración simbólica rechaza, incorpora, transforma o silencia puntos nodales de otros discursos. Por consiguiente, no se trata tanto de determinar ciertos efectos simbólicos de los discursos, como de reconstruir las redes de relaciones interdiscursivas desde una perspectiva dialógica.

Cuando decimos que el análisis puede alumbrar las relaciones de una producción discursiva con distintos aspectos de otros discursos, nos referimos no solamente a los contenidos, sino también a las modalidades a través de las cuales incorpora a esos contenidos. Esta es la diferencia lingüística entre el *enunciado* –lo dicho en un discurso– y la *enunciación* –el plano del discurso en que se construye la relación del que habla con aquello que dice–. En el plano de la enunciación, se construyen dos entidades enunciativas fundamentales: la imagen del que habla o *enunciador* y la imagen de aquel a quien se habla o *destinatario*. Ambas son construcciones imaginarias del discurso que no coinciden con los emisores y los receptores empíricos. De allí que un emisor pueda construir en un mismo discurso distintas imágenes de sí mismo. Pero en el plano de la enunciación, no sólo se elaboran las imágenes de enunciadores y destinatarios, sino también las relaciones entre estas entidades. En este sentido, “la certidumbre, la duda, la interrogación, la

sugerencia son algunos de los múltiples modos en que el habla *define su relación con lo que dice* y, automáticamente, *define también la relación del destinatario con lo dicho*" (Sigal y Verón, 2008:24). Lo cual supone también que el receptor no se reconozca en la imagen de sí mismo –el destinatario– que le es propuesta en el discurso. Por lo tanto, entendemos que en este juego interdiscursivo de construcción de imágenes y de interpelación-reconocimiento de los emisores y receptores con respecto a ellas, se juega una de las dimensiones principales de los procesos de identificación intersubjetiva.

Para el caso que estamos analizando, nos interesa indagar sobre el proceso de constitución de la identidad política de la organización en tanto proceso de identificación colectiva. Esto supone, entre otras cosas, rastrear las posiciones subjetivas que son articuladas en los discursos y las prácticas del movimiento y a las que son convocados los individuos que forman parte de la misma. En el contexto de este trabajo, comprendemos por *posiciones subjetivas a las imágenes construidas discursivamente de enunciadores y destinatarios y a las relaciones que se establecen entre estas*. De esta manera, pensamos que es posible aproximarnos, mediante el análisis empírico de los discursos, a las interacciones entre las modalidades de interpelación y reconocimiento identitario que tienen por locus al caso analizado. Esta dinámica será comprendida como la búsqueda de mayores niveles de integración entre los miembros de la organización, procurando la conformación de un círculo de reconocimiento que fortalezca los lazos de pertenencia y solidaridad colectiva. Para ello recurrimos a una definición mínima de *identidad política como la articulación contingente de sentidos y prácticas que, mediante un mismo proceso de diferenciación externa y homogeneización interna, establece un círculo de reconocimiento intersubjetivo que promueve lazos de solidaridad y pertenencia colectiva, orientado hacia la definición compartida de asuntos públicos* (4).

De esta forma, en los límites del presente trabajo, analizaremos el discurso de los referentes barriales del MTD de Lanús, haciendo especial hincapié en los significados construidos por estos en torno a las modalidades de participación y adhesión a la organización. Como veremos a continuación, estos discursos articulan diferentes posiciones subjetivas desde las cuales se interpela a otros miembros del movimiento, generalmente miembros de base, y se juzgan y evalúan las formas de inserción de estos en la organización. En este marco acotado, por lo tanto, analizaremos algunos aspectos de la identidad política que se relacionan con los *procesos de homogeneización interna* de la organización, es decir, trataremos de ver algunas aristas de los mecanismos de interpelación-reconocimiento identitario que, mediante prácticas discursivas de refuerzo y persuasión, tratan de lograr mayores niveles de integración y adhesión entre los miembros del movimiento.

Breve contextualización sobre el MTD de Lanús

El MTD de Lanús es una organización de desocupados que surge por el año 2000 a partir de la iniciativa de un grupo de militantes políticos y sociales de la zona. El movimiento tiene un fuerte

arraigo territorial que se extiende a cuatro barrios de la localidad de Monte Chingolo. Como el conjunto de las organizaciones de desocupados, el MTD de Lanús ha recurrido a los “piquetes” y movilizaciones como principal repertorio de acción colectiva, con el fin de paliar las necesidades de subsistencia de sus bases sociales. Estas acciones permiten que la organización obtenga recursos y ayudas, básicamente planes sociales, alimentarios y de empleo, que reparte entre sus miembros, reforzando las estructuras de movilización de la organización. Esto se vincula también con los cambios recientes en la gestión de las políticas públicas de asistencia, donde se ha promovido la participación de las organizaciones de la sociedad civil en su implementación, permitiendo a distintas organizaciones de base obtener un control relativo sobre la gestión de estos recursos.

En cuanto a los planes sociales, el movimiento administra un determinado “cupó” de planes por barrio. Para acceder a estos planes, la organización fija determinadas condiciones para sus miembros, que consisten básicamente en la participación en las actividades del movimiento, especialmente con relación a las movilizaciones, las asambleas barriales y las tareas comunitarias. Estas condiciones son sumamente flexibles en la práctica y admiten, generalmente y según los casos, un amplio abanico de excepciones y combinaciones. Además, el movimiento cuenta con ayudas alimentarias que se distribuyen a través de comedores comunitarios. Estos emergieron por fuera de las estrategias políticas de los líderes y referentes barriales, a partir de la demanda recurrente de sus bases sociales. Los comedores y merenderos funcionan en los Centros Comunitarios que posee la organización, donde se recibe la ayuda alimentaria que distribuye el Municipio de Lanús (Fontecoba, 2009ab).

Otra de las prácticas de subsistencia desarrolladas por el movimiento es la creación de emprendimientos productivos, integrados por miembros de la organización que reciben alguno de los subsidios de desempleo de las administraciones gubernamentales. La trayectoria del movimiento muestra una experiencia de labor comunitaria y trabajo autogestivo dificultosa y precaria. Los emprendimientos productivos, cuando no responden directamente a prácticas de autoconsumo, son iniciados con un capital de trabajo limitado, siendo la propia fuerza de trabajo de sus miembros su principal factor productivo. En algunos casos, los emprendimientos se han convertido temporalmente en “talleres de oficios”, donde los jóvenes que integran la organización tienen la posibilidad de aprender un trabajo y capacitarse laboralmente, aunque el movimiento también ha encontrado grandes dificultades para involucrar a los jóvenes en estas actividades. En otros casos, los emprendimientos han quedado reducidos a trabajos que se realizan eventualmente, integrando a muy pocas personas que deben combinar estas tareas con otras fuentes de ingreso (Fontecoba, 2009ab).

En cuanto al proceso de toma de decisiones y gestión cotidiana del movimiento, la organización realiza asambleas semanales en cada uno de los barrios, donde participan las personas que residen en dicho territorio, quienes eligen a un responsable o referente barrial. Estas asambleas suelen ser más informativas que resolutorias, en ellas se comunica a las bases sociales sobre las cuestiones más importantes del momento, como ser: el estado de los planes y la mercadería que

se recibe, las movilizaciones o acciones que se realizarán, las necesidades que tiene la organización de contar con la participación de sus miembros en ciertas actividades. Además, existen distintas áreas de acción en función de tareas o temas comunes, como ser: “proyectos productivos”, “administración”, “finanzas”. Cada una de estas áreas tiene también un miembro coordinador, quien organiza las reuniones y mantiene encuentros con los responsables de los demás barrios. Por último, la organización cuenta con una “mesa de responsables”, en la que participan los referentes barriales y los responsables de cada área. En las reuniones de los referentes, se unifican las problemáticas de cada barrio y de cada área, se discute y se toman decisiones sobre las mismas y suelen implicar discusiones de mayor contenido político que en las asambleas barriales o en las reuniones de área (Fontecoba, 2009ab).

En este sentido, es significativo el rol desempeñado por los referentes barriales. Además del factor común a cualquier organización, que establece una determinada división del trabajo con el fin de simplificar y potenciar su capacidad de acción, los diferentes roles y funciones que cada miembro del MTD de Lanús desempeña se deben tanto a los distintos recursos y competencias con los que cuentan las personas que participan de la organización, como a la trayectoria y el grado de compromiso personal de cada uno de ellos con el movimiento. Esto es algo que puede constatarse y ejemplificarse particularmente en la figura del referente barrial. El referente suele ser un miembro de la organización con muchos años de permanencia: se trata de personas que han dedicado mucho tiempo a la organización, han militado en ella desde sus inicios y han mostrado un gran compromiso y entrega con las actividades del movimiento. La permanencia, la dedicación y el compromiso suelen ser reconocidos internamente mediante la asignación de responsabilidades. Por sobre cualquier otro miembro, el referente concentra un gran número de tareas. El compromiso prolongado y su reconocimiento mediante la asignación creciente de responsabilidades hacen de los referentes miembros con un mayor sentido de pertenencia hacia el movimiento. Los referentes suelen ser portadores de un discurso más articulado, conocen en mayor detalle la historia del movimiento, se identifican y se insertan en él como parte de un “nosotros” y desarrollan un lenguaje más politizado (Fontecoba, 2009ab).

Fuera del círculo de los líderes y referentes barriales, más proclives a la movilización sobre incentivos colectivos, el resto de los miembros del movimiento parece vincularse primordialmente sobre las expectativas y obligaciones generadas por los recursos y ayudas que provee la organización. De allí que el rol del referente barrial devenga un factor importante para el sostenimiento de las estructuras de movilización del MTD de Lanús. Los intentos permanentes de los miembros más activos por enmarcar la acción colectiva en función de ciertos criterios y valoraciones, dan cuenta de los esfuerzos incesantes que deben realizar para garantizar la participación y la movilización de las bases sociales. Situación que se torna aún más evidente en el número de tareas y responsabilidades que acumulan y el rol ejemplar que desempeñan cotidianamente (Fontecoba, 2009ab).

Es en este contexto, por consiguiente, en el que se han desarrollado las entrevistas con los referentes barriales que analizaremos a continuación, y de las cuales extraeremos aquellas referencias que aluden principalmente a las modalidades de participación y adhesión con el movimiento.

Entre la militancia y la subsistencia

Cuando preguntamos a uno de los referentes barriales (5) del MTD de Lanús sobre la incidencia de los planes sociales en la participación de los miembros de la organización, encontramos una distinción en el discurso del referente entre la participación motivada por “necesidad” y la participación debida a la “militancia”:

“Hay gente que sólo se moviliza por el tema del plan y hay gente que lo hace por militancia. No todo el barrio o no todos los barrios son el cien por ciento militantes. Hay gente que es militante y hay gente que lo hace por necesidad” (Marcos, 33 años).

A partir de la negación: “*no todos los barrios son...militantes*”, es posible construir el siguiente sobrentendido (6): “*sólo algunos barrios son militantes*”. Esta distinción militante-no militante, de la cual partimos, da cuenta, en nuestra interpretación, de una diferencia entre un *sujeto militante* (“hay gente que es militante”) y un *sujeto carenciado* (“hay gente que lo hace por necesidad”), en tanto dos posiciones subjetivas (7) que son articuladas en el discurso de los referentes como parte de un mismo colectivo de identificación (8). La diferencia remite a distintas motivaciones que animan la participación de las personas, una de tipo *ético-político* (“militancia”) y otra *pragmática* (“necesidad”). Vemos que en este caso, el locutor no se identifica con ninguna de las posiciones subjetivas, realizando una descripción desde el punto de vista de un observador externo (“hay gente que...”, “no todos son...”), pero planteadas en términos de una disyuntiva (“hay gente que es militante y hay gente que lo hace por necesidad”). En un caso, hay una participación motivada por un interés práctico (“Hay gente que sólo se moviliza por el tema del plan...”), y en el otro por un compromiso político (“...hay gente que lo hace por militancia...”).

De esta manera, la “militancia” y la “lucha” aparecen en el discurso de algunos referentes barriales como un modelo de participación y compromiso deseado o idealizado, que forma parte del imaginario colectivo. De allí que, en el discurso del referente citado anteriormente, la apreciación sobre la escasa participación motivada por este patrón idealizado de adhesión al movimiento, no aparezca sino bajo la forma de una negación y mediante un distanciamiento del locutor en relación al enunciado. En este sentido, el sujeto militante aparece como un *sujeto ético-político*, donde se articulan sentidos en torno a la “lucha”, el “sacrificio” y el “esfuerzo”, mientras que el sujeto carenciado sería primordialmente un *sujeto pragmático*, donde se articulan expresiones que dan cuenta de las “necesidades” de los miembros de la organización y las alternativas para su resolución, siendo las relaciones entre ambas posiciones subjetivas, complejas y diversas. En palabras de otro referente:

“En realidad, tenés que ser bastante militante para estar acá, no sólo eso, sino que tenés que poner a toda tu familia. Yo porque más o menos lo tengo resuelto, pero si tenés cinco pibitos chiquitos, las zapatillas, las cosas ¿Cómo hacés? Tenés que decir: “Bueno, muchachos, no puedo”. Yo mismo, en un principio, participaba, pero después tuve que ponerme a laburar con el remis, porque no tenía una moneda y había posibilidades de laburar, laburaba todo el día, después venía seis horas para acá, pero ahora tengo la posibilidad de hacer lo que me gusta y estar militando y tener la posibilidad de imaginar un futuro diferente” (Iván, 55 años).

En este discurso, aparece nuevamente la relación entre la militancia y la necesidad de sobrevivencia como una disyuntiva para la participación en el movimiento (“...Yo porque más o menos lo tengo resuelto, pero si tenés cinco pibitos chiquitos, las zapatillas, las cosas ¿Cómo hacés?...”). En la representación del referente, sólo aquellos miembros de la organización que asumen la militancia profundamente pueden llegar a zanzar este dilema, hasta el punto de comprometer a todo el grupo familiar (“...tenés que ser bastante militante para estar acá, no sólo eso, sino que tenés que poner a toda tu familia...”). El locutor se identifica claramente con esta imagen conflictiva hasta el punto de graficarlo con su propia experiencia personal (“...Yo mismo, en un principio, participaba, pero después tuve que ponerme a laburar con el remis, porque no tenía una moneda y había posibilidades de laburar...”). En su narración, la militancia aparece vinculada a las obligaciones y deberes (“...*tenés que ser bastante militante para estar acá... tenés que poner a toda tu familia...*”), pero también a lo hedónico y lo placentero (“...*ahora tengo la posibilidad de hacer lo que me gusta y estar militando y tener la posibilidad de imaginar un futuro diferente*”). Sin embargo, no sólo la militancia es representada en forma prescriptiva, también las eventualidades que surgen ante las necesidades de la familia son significadas como imposiciones (“...*tuve que ponerme a laburar con el remis porque no tenía una moneda...*”).

Cuando preguntamos a otro referente barrial sobre las condiciones que debe cumplir una persona para participar de la organización y acceder a un plan social, respondió:

“Y principalmente lo que se busca es que participe en la asamblea, que sepan para qué estamos o qué es lo que hacemos, cómo ganarse el plan más que nada, de salir a la calle, luchar por su plan. Y después el tema de los cortes y todas esas cosas, que lo hacen que se gane su propio plan, que nadie se lo regala, sino él se lo gana, cada uno se lo gana por sus propios méritos” (Marcos, 33 años).

En esta zona, el discurso del referente también adquiere un tono prescriptivo (“se busca *que participe... que sepan... cómo ganarse... luchar por... que se gane...*”). Se establece una relación entre un nosotros (los miembros de la organización) y un otro (el iniciado) al cual se pretende incorporar interpelándolo desde ciertos preceptos. La forma reflexiva *se* y el verbo *buscar* dan cuenta de la posibilidad que tal proceso no se cumpla o bien no se logre el fin pretendido por los referentes. La participación en la asamblea barrial y en las medidas de acción directa tiene tanto un fin cognoscitivo (“...*que sepan para qué estamos... qué es lo que hacemos...*”); como un fin ético-político (“...*ganarse el Plan...luchar por su Plan...que se gane su propio Plan...cada uno se lo*

gana por sus propios méritos”). Aquí, el orden de las “necesidades” -la obtención del plan social- se articula con un fin político, estructurado en torno a la “lucha” y la participación asamblearia. Pero también tiene un sentido moral, ya que los recursos obtenidos de esta manera no constituyen una dádiva o donación (“...nadie se lo regala, sino él se lo gana, cada uno se lo gana por sus propios méritos”). En este sentido, según afirma otro referente en relación a los recursos obtenidos por el movimiento:

“Porque nosotros esto lo tenemos no porque un día se despertó un tipo y dijo: ‘Uy, le voy a dar un máquina de soldar’. No, debimos arrastrar nuestras miserias, los niñitos, la mamá quemada, el sacrificio de ir en los trenes, de ir caminando. Nosotros hemos ido caminando de acá a la estación de Dominicó. Llevábamos 35 kilos de arroz y 30 latas de arvejas y 450 compañeros, no es poco. Y entonces, cuando se pierde una pinza, yo me vuelvo loco...porque es el esfuerzo de todos los compañeros” (Iván, 55 años).

En esta parte del discurso emerge un tono emotivo (“...debimos *arrastrar* nuestras *miserias*, los *niñitos*, la *mamá quemada*, el *sacrificio* de ir en los trenes, de ir caminando...”). Las “necesidades” son ligadas con el “sacrificio” y el “esfuerzo”, hay una movilización política de la “necesidad” (“...debimos *arrastrar* nuestras *miserias*...”). Nótese que el locutor se identifica aquí tanto con la figura subjetiva del militante que se moviliza (“hemos ido caminando...es el esfuerzo de todos los compañeros”), como con el sujeto que sufre determinadas privaciones (“debimos arrastrar *nuestras* miserias”). Esta movilización política de la “necesidad” es la que permite valorar lo obtenido por la organización como un derecho propio, por oposición a la dádiva o la donación caritativa (“...nosotros esto lo tenemos no porque un día se despertó un tipo y dijo: ‘Uy, le voy a dar una máquina de soldar’...”). La “lucha” implica “sacrificio” y “esfuerzo”, pero también la visibilidad y la exposición pública de las “necesidades” (“debimos arrastrar nuestras miserias”). De allí que lo obtenido por el movimiento tenga una connotación política, pero también moral y ética:

“Para conseguir esto, todos lucharon igual...fueron a las marchas los tipos, se enfrentaron a la cana y se enfrentaron a los tiros, a los gases y a lo que venga...así que tienen el mismo derecho” (Iván, 55 años).

“Y acá la herramienta y todo lo conseguimos por medio de la lucha, y por medio de la lucha lo seguimos manteniendo, y por medio de la lucha seguimos consiguiendo cosas. Eso implica el aportar, el seguir luchando en la calle” (Víctor, 34 años).

En estos discursos, el tópico de la “lucha” se enlaza con una *ética militante*, que instaura un sentido moral sobre el deber de cada “compañero” (“...eso implica el aportar, el seguir luchando en la calle”), y sobre lo que legítimamente le corresponde a cada uno (“...todos lucharon igual...así que tienen el mismo derecho”). En este sentido afirmamos que el sujeto militante es un *sujeto ético-político*, constituyendo un “nosotros” que se articula a través de la “lucha” (“todos lucharon igual”, “todo lo conseguimos por medio de la lucha”). De esta forma, se establece una moralidad sobre la condición de los recursos obtenidos a través de la acción directa: no son regalos o donaciones, sino un “derecho” ganado con el “esfuerzo”, el “sacrificio” y la “lucha”. En esta zona del

discurso de los referentes, el colectivo de identificación (“los compañeros”) está sobredeterminado por el tono prescriptivo que caracteriza a la posición subjetiva del militante.

Pero también encontramos una identificación en el discurso de los referentes en torno a las privaciones y las “necesidades”, como vimos anteriormente en el caso de uno de los referentes. En este sentido, cuando preguntamos por los objetivos que animan a los proyectos productivos de la organización, encontramos las siguientes respuestas:

“Buscamos poder sacar adelante este proyecto productivo, porque es una idea linda, es viable, y lo que podemos llegar a hacer con esto en lo social, podemos sustentar y crear laburos para nosotros. Estos son los ideales, que no son alejados, es concreto y posible de nosotros poder garantizar una moneda para un grupo de compañeros” (Víctor, 34 años).

“Le fuimos dando vueltas y vimos que, si trabajábamos, teníamos que cobrar por lo que trabajábamos, entonces ahí fue que dimos ese salto y los compañeros empezamos a cobrar por trabajar en algún trabajo dentro de la organización, hoy por hoy, los proyectos productivos son proyectos que dan guita a los compañeros” (Manuel, 31 años).

“Nuestra idea no es que cobren 5 compañeros por trabajar acá, nosotros queremos que cobren 50 compañeros por trabajar en otras cosas, que cobren los 200 y pico que somos en el Movimiento por hacer otras cosas” (Manuel, 31 años).

En estos casos, encontramos referencias a un “nosotros” que se articula en torno a las “necesidades”, que encuentran una resolución práctica en la posibilidad de generar “trabajo” (“Buscamos poder sacar adelante este proyecto productivo ...podemos sustentar y crear laburos para nosotros...”; “Le fuimos dando vueltas y vimos que, si trabajábamos, teníamos que cobrar por lo que trabajábamos...los compañeros empezamos a cobrar por trabajar en algún trabajo dentro de la organización...”; “Nuestra idea no es que cobren 5 compañeros por trabajar acá, nosotros queremos...que cobren los 200 y pico que somos en el Movimiento...”). En estos discursos no se da una oposición entre “necesidades” y “militancia”, sino que la resolución de las privaciones que sufren los “compañeros”, por medio del trabajo, forma parte de la actividad militante y de los objetivos de la organización. Entendemos que aquí se expresa una *posición subjetiva de tipo pragmática*, donde las “necesidades” de subsistencia son significadas como una condición común del colectivo que requiere una respuesta práctica, articulada con la *subjetividad militante*, en tanto dicha respuesta es instrumentada y elaborada simbólicamente en términos de una acción colectiva en los marcos de la organización.

Como veremos a continuación, estas identificaciones en torno a diferentes posiciones de sujeto manifiestan, en algunos casos, tensiones y conflictos sobre las distintas modalidades de inserción y los grados de adhesión de los miembros con la organización. En estos casos, los discursos de los referentes barriales interpelan a aquellos “compañeros” que no muestran predisposición a la “participación” en ciertos ámbitos, así como “responsabilidad” y “compromiso”.

Los usos del esfuerzo

En el discurso de los referentes barriales encontramos asociados diferentes tipos de motivaciones, que son vinculadas a las modalidades de participación de los miembros de la organización. Por ejemplo, en cuanto a la inserción de los miembros del movimiento en los proyectos productivos, un referente señala:

“Participa básicamente el que tenga ganas, el compañero que tenga ganas de ganarse un mango más. Está bien que para ganarte un mango más tenés que hacer un esfuerzo bárbaro. Este lugar para que esté funcionando tuvimos que venir durante un mes, casi dormíamos acá, veníamos a las 5 o 6 de la mañana y nos íbamos a las 12 de la noche y volvías a las 5, y así durante un mes. Entonces, bueno, ese esfuerzo lo tenés que hacer y no es que digas: “Ahh, todos los compañeros se mueren de ganas por hacer eso”. Hay muchos que sí y están en proyectos productivos y hay muchos que no, y bueno, están haciendo otras tareas en el Movimiento” (Manuel, 31 años).

Aquí, las “*ganas de ganarse un mango más*” aparecen condicionadas por el grado de “*esfuerzo*” que “*tenés que hacer*”. La negación: “*no es que digas... todos los compañeros se mueren de ganas por hacer eso*”, permite la construcción del siguiente sobreentendido: “*sólo algunos compañeros tienen ganas de hacerlo*”. Como fuera señalado, en nuestra interpretación, la constatación de un hecho que contradice el imaginario construido en torno a la participación y el compromiso deseado con la organización, se manifiesta en el discurso de algunos referentes mediante la forma de una negación. En este caso, el locutor también asume la perspectiva de un observador externo que describe un estado de situación, pero termina identificándose con la figura de aquellos “compañeros” más “sacrificados” (“...para que esté funcionando tuvimos que venir durante un mes, casi dormíamos acá, veníamos a las 5 o 6 de la mañana y nos íbamos a las 12 de la noche...”). De esta manera, el discurso del referente contrapone entre una participación limitada a algunas actividades que demandan menor “esfuerzo” (“están haciendo otras tareas en el movimiento”) y aquellas que implican la asunción de un sacrificio mayor, en tanto un deber que hay que asumir haciendo “un esfuerzo bárbaro”, y que sólo algunos realizan. Esto también podemos notarlo en el relato de otro referente en relación a la participación de los jóvenes:

“Nosotros tenemos el proyecto joven, que teníamos 15 pibes de 14 a 17 años, y es poca la voluntad que tienen para aprender o hacer algo, vienen más para joder que para hacer algo... Es difícil, viste. Vos se lo recalcás, se lo volvéis a explicar, pero no hay intención de querer aprender o hacer algo. Están para cobrar lo poquito que le dan” (Emiliano, 48 años).

En este caso, reaparece la cuestión de la “necesidad” bajo la forma del “*están para cobrar lo poquito que le dan*”, como contraposición al “*querer*” o la “*voluntad*” de “*aprender o hacer algo*”. En el caso de los jóvenes, además, aparece una valoración negativa de su participación: “*vienen más para joder que para hacer algo*”. Al mismo tiempo, hay un distanciamiento del locutor con respecto a su accionar bajo la forma reflexiva (“...vos se lo recalcás, se lo volvéis a explicar...”), y el resultado o efecto de esta acción sobre la participación de los jóvenes (“...pero no hay intención de querer aprender o hacer algo”). En este sentido, en el discurso del referente, la modalidad de participación de los jóvenes parece escapar a sus posibilidades de interpelación. Aunque

claramente aquí el locutor se identifica con la primera persona del plural (“*nosotros tenemos el proyecto joven...*”), diferenciándose de los jóvenes como un otro (“...es poca la voluntad que tienen...” “...vienen más para joder...” “...están para cobrar...”). En este caso, el locutor asume una posición prescriptiva y pedagógica en relación con los jóvenes, diferenciándose por su pobre predisposición a aprender o hacer algo productivo. Por lo tanto, entendemos que estas citas también muestran la mayor identificación de los referentes con el imaginario construido a partir del “esfuerzo”, el “sacrificio” y la “lucha” de los militantes.

Asimismo, nuevamente para el caso de la participación de los miembros de la organización en los proyectos productivos, el referente afirma:

“Eso fue un problema de siempre, desde un primer momento y hasta ahora sigue siendo y va a seguir siendo, porque la gente cuando se incorpora ya está acostumbrada a lo que era antes: entraba a laburar y a la semana cobraba su sueldo. Acá es distinto, porque si no laburás y producís y no vendés, no tenés sueldo. Y muchas veces los compañeros necesitan una moneda o se incorporan porque necesitan plata en serio y, a veces, no quieren esperar, no les conviene, no les sirve trabajar así, no se involucran. Esa es una lucha de siempre” (Emiliano, 48 años).

Aquí también aparece una distinción entre una modalidad de participación que supone un compromiso mayor (“Acá es distinto...*si no laburás y producís y no vendés, no tenés sueldo...*”), y otra participación reglada por la “necesidad” (“...los compañeros *necesitan una moneda* o se incorporan porque *necesitan plata en serio...*”). Así, la “necesidad” condiciona la participación de los “compañeros” (“...*no se involucran...*”). Nótese que esta situación es descripta en relación con motivaciones pragmáticas (“...*no quieren esperar...no les conviene, no les sirve trabajar así...*”). Pero también en relación con hábitos incorporados (“...porque la gente cuando se incorpora *ya está acostumbrada* a lo que era antes: entraba a laburar y a la semana cobraba su sueldo”). Una vez más, el discurso del referente evidencia una cierta imposibilidad o dificultad en la interpelación de los “compañeros” (“...fue un *problema de siempre*, desde un primer momento y *hasta ahora sigue siendo y va a seguir siendo...*”; “...es una *lucha de siempre* esa”). Este distanciamiento recurrente en el discurso de algunos referentes también puede ser interpretado como la marca de una identificación mayor con las posiciones militantes.

En cuanto a la “responsabilidad”, también se construye una imagen en el discurso que designa diferentes niveles de compromiso y adhesión con las actividades del movimiento. Sobre la incorporación de “compañeros” a los proyectos productivos, un referente barrial afirma: “Los que generalmente se enganchan son los más responsables de cada lugar, eso es así. Entonces tampoco es que tenés que hacer una selección de compañeros, no, no hay problemas con esas cosas” (Manuel, 31 años).

En este caso, la “responsabilidad” es asociada a una actitud activa de la persona: “los que generalmente *se enganchan* son los *más responsables*”. En la valoración: “los *más responsables*”, es posible deducir el sobreentendido que señala la presencia de miembros “menos responsables”. Esto responde, como venimos sosteniendo, a una apreciación negativa del referente que

permanece implícita o que se manifiesta en forma débil, y que marca un distanciamiento entre distintas posiciones subjetivas y grados de identificación a partir de la distinción militante-no militante. Esta situación descrita por el referente parecería redundar en menores obligaciones: “tampoco es que *tenés que hacer una selección* de compañeros”, lo cual derivaría en un proceso de decantación en los niveles de participación y compromiso que se regula por sí mismo. Sin embargo, en ciertos casos, esto puede ser un problema, como vemos en el siguiente relato, también sobre la participación en un proyecto productivo del movimiento:

“Se convocó en las asambleas de cada barrio, se convocó, pero hay compañeros, hay algunos como que no quieren trabajar, o saben que es muy esclavizado esto. Entonces, dijimos: ‘No podemos seguir esperando, empecemos a buscar’. Empezamos a tirar nombres y dijimos: ‘Bueno, este sí, este no’. Pero por una experiencia que ya tuvimos de un compañero que aparentaba ser responsable y eso, y después nos dejó de garpe acá. Y bueno, dijimos: ‘No, tratemos de evitar eso’” (Patricia, 44 años).

A diferencia del caso anterior, la falta de “compañeros” que sean “responsables” aparece como un problema que obliga a iniciar una búsqueda. En este enunciado, el locutor matiza su afirmación (“hay algunos *como que no quieren* trabajar o *saben* que es muy esclavizado...”). La alternativa recorta dos tipos de posibilidades: o bien hay una cuestión de orden volitivo (“no *quieren* trabajar”), o bien el problema radica en una cuestión cognoscitiva (“*saben* que es muy esclavizado”). Aunque la primera opción es matizada con la expresión “*como que...*”, dado que implica una valoración más negativa de la actitud del “compañero”: mientras que en un caso la falta de participación remite a una cuestión de gradación en los esfuerzos (“es muy esclavizado”), en el otro caso directamente se señala una negativa rotunda a participar (“no quieren trabajar”). Pensamos que aquí también se muestra este distanciamiento entre diferentes imágenes sobre el “nosotros” de la organización, y que en el caso de los referentes señala una fuerte identificación con las posiciones militantes que forman parte del imaginario colectivo. En este caso, el locutor se identifica con la primera persona del plural (“...entonces, *dijimos...*”; “...*empezamos* a tirar nombres...”; “...por una experiencia que ya *tuvimos...*”) y se diferencia de los “compañeros” menos “responsables”. También claramente aparece una descripción del fracaso en la interpelación del otro (“*Se convocó* en las asambleas de cada barrio, *se convocó, pero...*”). Por otra parte, en esta expresión podemos analizar también cómo la “responsabilidad” opera como un criterio de distinción interno entre los “compañeros” (“...empezamos a tirar nombres y dijimos: ‘*este sí, este no...*’”; “...ya tuvimos un compañero que *aparentaba ser responsable...*”). En tal sentido, la falta de “responsabilidad” es designada como algo no deseable y como algo a ser prevenido (“...dijimos: ‘no, tratemos de *evitar* eso’...”).

En el mismo sentido, en la siguiente afirmación de otro referente, también en relación con la participación en un emprendimiento:

“*Lo que sí filtramos nosotros, no a cualquier compañero, porque, como te decía recién, un compañero que uno vea que sea responsable, que tenga un compromiso*” (Víctor, 34 años).

Igual que en caso anterior, el hecho de “filtrar” no recae sobre “cualquier compañero”, sino sobre aquellos que no son “responsables” o no tienen “un compromiso”. El locutor también se identifica con la primera persona del plural y se diferencia de los “compañeros” menos “responsables”. Como vemos aquí, sin embargo, la menor “responsabilidad” o “compromiso” no obsta como criterio para dejar de considerar a alguien como un “compañero”, pero sí para distinguir y hacer distintas valoraciones sobre la participación y el compromiso de cada miembro del movimiento. Por eso entendemos que se trata de posiciones subjetivas que *coexisten* en el imaginario colectivo de la organización y con las cuales se muestran distintas formas y grados de identificación.

A modo de conclusión

Hemos visto, cómo en el discurso de los referentes barriales del MTD de Lanús aparecen dos posiciones subjetivas, que denominamos como *militante* y *carenciada*, que remiten a diferentes tipos de motivaciones en la participación y adhesión con la organización: *ética-política* y *pragmática*. Mientras que en una se construyen sentidos en torno a la “lucha”, la “participación” y el “compromiso”, el “esfuerzo” y el “sacrificio”; en la otra se representan significados sobre las “necesidades”, la “familia”, el “plan”, el “trabajo” y la “plata”. En algunos casos, estas representaciones son articuladas como una disyuntiva: se milita o se subsiste. En otros, las necesidades de subsistencia aparecen como un impedimento u obstáculo para lograr mayor participación y compromiso con el movimiento. En cambio, en otros casos, las imágenes sobre estas posiciones subjetivas son articuladas como momentos de un mismo proceso colectivo de movilización y construcción política de alternativas comunes. Como hemos señalado, estas construcciones imaginarias *coexisten* en el discurso de los referentes barriales.

Hemos visto también cómo el discurso de los referentes barriales, especialmente en relación con las modalidades de adhesión y de participación en la organización, posee una *zona prescriptiva* (9) que, según nuestra interpretación, muestra una marcada sobredeterminación de la subjetividad militante. Esta zona del discurso de los referentes asume frecuentemente la forma de *apelaciones*, generalmente dirigidas hacia los miembros de base, y se orientan simultáneamente hacia el *refuerzo* de los preceptos y las creencias que componen el imaginario colectivo, como a la *persuasión* de aquellos miembros del colectivo de identificación representados como menos “comprometidos” o “responsables” (10). Entendemos que esta mayor identificación de los referentes barriales con las posiciones militantes se muestra en las negaciones, las referencias implícitas, los distanciamientos del locutor con respecto a ciertos enunciados o en las identificaciones explícitas que hemos señalado en los discursos.

En este sentido, las articulaciones discursivas son dinamizadas por las interpelaciones militantes de los referentes hacia el resto de los miembros de la organización. Parte importante de las características que asumen estas apelaciones puede ser atribuida al *ethos militante*, en tanto una dimensión constitutiva de la identidad política del movimiento que se expresa discursivamente en el tono prescriptivo y en las valoraciones implícitas y explícitas de determinados enunciados. Nos

referimos aquí a los componentes morales y éticos de las apelaciones a la “participación”, el “compromiso”, la “responsabilidad”, el “esfuerzo” y el “sacrificio”, así como a las apreciaciones sobre las conductas y actitudes supuestas en los mismos. De tal manera, en el discurso de los referentes barriales emergen, en relación con la incorporación de miembros a la organización y a sus modalidades de participación y adhesión, significados que enfatizan deberes y obligaciones, así como valoraciones acerca del tipo de comportamiento esperado o deseado por parte de los “compañeros”. El tono prescriptivo en algunos casos, admonitorio o pedagógico en otros, da cuenta del carácter ético de las interpelaciones políticas de los referentes. Es esta zona del discurso, entonces, la que podría ser relacionada con un *ethos militante* que formaría parte de la identidad política de la organización.

De esta manera, tratamos de resaltar distintos aspectos que hacen a una construcción interactiva de las identidades políticas, en nuestro caso, en el contexto de una organización de base territorial. Como vimos, para ello no basta con señalar las posiciones subjetivas asociadas a distintas imágenes discursivas sobre el colectivo de pertenencia, es necesario también rastrear las formas concretas de identificación de los individuos con las mismas. A su vez, estas posiciones sirven de puntos de apoyo para actos de interpelación que intervienen en la construcción y resignificación permanente del “nosotros” de la organización. Por lo tanto, encontramos distintas modalidades de identificación y de interpelación en el contexto de la organización, pero en el caso de los referentes barriales estas modalidades están fuertemente marcadas por las posiciones militantes.

En definitiva, consideramos que, en el marco de ámbitos colectivos de acción, este camino de indagación recorrido en torno a los mecanismos de interpelación y reconocimiento identitario de los sujetos, puede alumbrar nuevas aristas de los procesos de construcción política en organizaciones de base, permitiendo complejizar la mirada y prestar atención a las dinámicas de sujeción y subjetivación que atraviesan a estos colectivos. De esta forma, es posible mostrar cómo movimientos y organizaciones sociales, lejos de apoyarse en identidades monolíticas y cerradas, necesitan permanentemente reforzar y recrear sus fronteras simbólicas de pertenencia, siendo un componente muy importante de su accionar cotidiano. A diferencia de lo que muchas veces se ha supuesto, la acción colectiva moviliza múltiples posicionamientos subjetivos que nos hablan de identidades plurales en permanente reconfiguración.

Notas

1. Este trabajo forma parte de nuestra investigación de tesis doctoral, financiada con una beca de postgrado del CONICET.
2. Jugamos aquí con la doble acepción de sujeto, como sujeto-sujetado y como sujeto-libre. Con relación a ello, rescatamos cierto aspecto del planteo de Ranciere (2000), quien define al proceso de subjetivación política como un proceso de desidentificación, en el que personas que están “entremedio” de distintas clasificaciones se juntan, produciéndose un cruce de nombres, categorías e identidades que no son plenamente reconocidas por el orden social instituido. Pensamos que algo de esto siempre está presente en todo proceso de identificación, en la medida en que la sutura de un campo simbólico nunca es completa, siempre se encuentra habitada por la posibilidad de su cancelación (Laclau, 1993, 1996). Si

consideramos a las identidades y los procesos que las constituyen en esta perspectiva dinámica, pensamos que no es necesario oponer identidad y subjetivación como lo hace Ranciere, aunque sí diferenciarlas analíticamente. Sobre esta cuestión, nos parece importante la distinción que hace Aboy Carlés (2001) entre “posiciones de sujeto” y “efecto de sujeto”: mientras la primera responde a las categorías, materializadas en discursos y prácticas sociales, que distintos individuos y grupos son llamados a ocupar como sujetos; la segunda da cuenta de las acciones instituyentes que conmueven a aquellos discursos y prácticas y posibilitan la articulación de nuevas identidades. Es en este sentido que vemos a la identidad como una articulación contingente entre procesos de sujeción y de subjetivación: ambos procesos están siempre presentes en cualquier dinámica de identificación.

3. Lo que nosotros llamamos como “producción social de sentidos” sería análogo a la noción laclauiana de “discurso”, término que hemos reducido analíticamente aquí a su acepción lingüística. Coincidimos con este autor sobre la imposibilidad de diferenciar el “decir” y el “hacer” como expresiones “ideales” en un caso y “materiales” en el otro, dado que ambas son prácticas con sentido. En el caso de Laclau, las categorías lingüísticas, particularmente la disciplina de la Retórica, operan en su aparato analítico como base ontológica de su teoría social, cuestión que no trataremos dados los límites del presente trabajo.

4. Aquí nos inspiramos en la noción de identidad política propuesta por Aboy Carlés, que en su versión original define a la identidad política como “el conjunto de prácticas sedimentadas, configuradoras de sentido, que establecen a través de un mismo proceso de diferenciación externa y homogeneización interna, solidaridades estables, capaces de definir, a través de unidades de nominación, orientaciones gregarias de la acción en relación a la definición de asuntos públicos. Toda identidad política se constituye y transforma en el marco de la doble dimensión de una competencia entre las alteridades que componen el sistema y de la tensión con la tradición de la propia unidad de referencia” (Aboy Carlés, 2001:54).

5. Los nombres de los referentes fueron modificados para preservar su anonimato.

6. Para Ducrot (2001), el sobreentendido es un efecto de sentido de tipo retórico característico de ciertos enunciados. A diferencia de lo afirmado en un enunciado o de sus presupuestos, el sobreentendido se opone al sentido literal, del cual se encuentra excluido, pudiendo ser construido por el oyente a partir del contexto de la elocución y el contenido del enunciado, siguiendo razonamientos lógicos. Por este motivo, el locutor podría llegar a rechazar su responsabilidad sobre este, ya que no se desprende de las consecuencias necesarias e inevitables de su enunciado. En este sentido, el sobreentendido tiene el valor de la verosimilitud, pero no de la certeza. Su existencia se justifica a partir de las convenciones sociales y las restricciones psicológicas que impiden a un hablante hacer determinados enunciados en ciertas circunstancias, utilizando expresiones débiles que disimulan o disfrazan afirmaciones molestas para el locutor. Consideramos que los sobreentendidos pueden ser instrumentos valiosos para dar cuenta de aquellos lugares de enunciación restringidos por estos condicionamientos, particularmente para los contextos de entrevistas que estamos analizando.

7. En el contexto de este trabajo, nos circunscribiremos al análisis de ciertas marcas presentes en el discurso de los referentes barriales que serán atribuidas a determinadas posiciones subjetivas dadas por conocidas, dejando pendiente el tema de la relación de los discursos de los referentes con otros discursos dentro de la organización en la construcción de estas posiciones de sujeto.

8. Verón denomina colectivo de identificación al destinatario positivo de la enunciación: “El destinatario positivo es esa posición que corresponde a un receptor que participa de las mismas ideas, que adhiere a los mismos valores y persigue los mismos objetivos que el enunciadore: el destinatario positivo es antes que nada el partidario” (Verón, 1987:17). Mientras que el enunciadore establece un lazo con el colectivo de identificación o prodestinatario sobre la base del supuesto de compartir las mismas creencias, con relación al destinatario negativo o contradestinatario parte de la inversión de las creencias o su exclusión del colectivo de identificación. Según Verón, además, el enunciadore político se relaciona con un tercer tipo de receptor imaginario: el paradestinatario, con el cual se relaciona a partir de la suspensión de las creencias compartidas, es decir, se trataría de un destinatario neutral o apartidario.

9. Para Verón (1987), la zona prescriptiva del discurso político está signada por el deber y las necesidades deontológicas, asumiendo generalmente un carácter impersonal o universalizable, pudiendo el enunciadore marcarse explícitamente o no.

10. Sobre esta cuestión, Verón señala que: “El discurso político es un discurso de *refuerzo* respecto del prodestinatario, de *polémica* respecto del contradestinatario, y de *persuasión* sólo en lo que concierne al paradestinatario” (Verón, 1987:18). En

nuestro caso, entendemos que las operaciones discursivas de refuerzo y persuasión con respecto a las creencias presupuestas en el imaginario colectivo se dirigen únicamente al prodestinatario. Sin embargo, podría interpretarse también a la figura del “compañero” poco “responsable” o “comprometido” como una especie de paradesinatario o “partidario débil” a quien se trata de persuadir.

Bibliografía

Aboy Carlés, G. (2001): *Las dos fronteras de la democracia Argentina. La redefinición de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*. Politeia. Buenos Aires.

Ducrot, O. (2001): *El decir y lo dicho*. Edicial. Buenos Aires.

Fontecoba, A. (2009a): “Entre la subsistencia y la autogestión. Participación, organización y estrategias de supervivencia en una organización piquetera del sur del Gran Buenos Aires”. I Congreso Nacional “Protesta Social, Acción Colectiva y Movimientos Sociales”. UBA. Ciudad Universitaria, Pabellón II, Buenos Aires. Marzo.

Fontecoba, A. (2009b): “Las nuevas formas asociativas ante el problema de la subsistencia. El caso de una organización de desocupados del sur del Gran Buenos Aires”. IX Congreso Nacional de Estudios del Trabajo. Asociación Argentina de Especialistas en Estudios del Trabajo (ASET). Facultad de Ciencias Económicas (UBA). Agosto.

Hall, S. (2003): “¿Quién necesita identidad?”. En Hall, S. y du Gay, P. (Comps.): *Cuestiones de identidad cultural*. Amorrortu. Buenos Aires

Laclau, E. (1993): *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*. Nueva Visión. Buenos Aires.

Laclau, E. (1996): *Emancipación y diferencia*. Ariel. Buenos Aires.

Laclau, E. (2005): *La razón populista*. FCE. Buenos Aires.

Laclau, E. y Mouffe, Ch. (2004): *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. FCE. Buenos Aires.

Ranciere, J. (2000): “Política, identificación y subjetivación”. En Arditi, B. (Ed.): *El reverso de la diferencia. Identidad y política*. Nueva Sociedad. Caracas.

Restrepo, E. (2007): “Identidades: Planteamientos teóricos y sugerencias metodológicas para su estudio”. En *Revista Jangwapana*. Número 5. <http://www.ramwan.net/restrepo/documentos/identidadesjangwa%20pana.pdf>

Revilla Blanco, M. (1994): “El concepto de movimiento social: acción, identidad y sentido”. En *Revista Zona Abierta*. Número 69. Madrid.

Sigal, S. y Verón, E. (1998): *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*. Eudeba. Buenos Aires.

Verón, E. (1987): “La palabra adversativa. Observaciones sobre la enunciación política”. En AAVV: *El discurso político. Lenguajes y acontecimientos*. Hachette. Buenos Aires.

ARIEL FONTECOBA

Es Becario de Postgrado del CONICET (2010-2012) y se desempeña como Docente en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires (2006-al presente).